

cas”, donde se puntualizan los conceptos utilizados para poder comprender las representaciones y prácticas culturales, así como el proceso de investigación llevado adelante.

Pensado para intereses y públicos diversos -tanto para los que se acercan por primera vez a La Trochita desde su realidad material o simbólica, como para los que desean profundizar en el fenómeno desde una perspectiva de análisis cultural-, el material fue reorganizado de manera tal que permite realizar diferentes lecturas. El primer itinerario corresponde al ordenamiento de los capítulos, con una profundización teórica dada por las notas al pie. El segundo camino, en tanto, respeta el orden en que fue presentado originalmente bajo el formato de trabajo de tesis.

La publicación se completa con un CD interactivo que, en tanto “furgón de cola” que carga con el material de campo recogido para el trabajo (entrevistas, más de 100 fotografías, observaciones, documentos, programas de las fiestas del Tren, mapas y artículos periodísticos, entre otros), permite un mayor acercamiento a la investigación siguiendo las notas al pie referenciadas en la publicación.

Recorrer cada vagón es conocer y adentrarse en la historia misma de la autora y de El Maitén, y de tantos otros jóvenes profesionales y pueblos atrapados entre las posibilidades de formación de las grandes ciudades y la esperanza de que su lugar de origen los reciba, con los brazos abiertos y con trabajo. Además, nos cuenta una historia propia que presenta y representa, simultáneamente, una búsqueda de espacios y reivindicaciones que, en nuestro país, aún no está resuelta.

### *Media & Glocal Change: Rethinking Communication for Development*

*Compiladores: Oscar Hemer y Thomas Tufte  
Editorial: CLACSO/ Nordon, Nordic Information Centre for Media and Communication Research*

*Por Silvia Delfino*

En septiembre de 2005, el programa de edición de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) publicó la primera edición en inglés de este libro bajo el cuidado de Florencia Enghel de CLACSO y egresada de la “Maestría de Educación a Distancia en Comunicación para el Desarrollo (ComDev)” de la Universidad de Malmö, Suecia.

En la introducción, y con el título “El desafío de lo glocal”, los compiladores, Oscar Hemer, de Suecia, y Thomas Tufte, de Dinamarca, proponen recuperar los dilemas de la comunicación para el desarrollo desde el punto de vista de sus potencialidades y limitaciones, no sólo como herramienta sino como modo de articular procesos de desarrollo y cambio social, mejorar la vida cotidiana y “emponderar” a las personas respecto de sus propias vidas y las de los miembros de su comunidad. La disciplina de la comunicación para el desarrollo, indican, está en un momento de encrucijada en la medida en que las concepciones de las últimas décadas necesitan ser revisadas ya que las tecnologías han evolucionado, la sociedad ha cambiado y la globalización ha producido impactos que requieren revisar la comunicación para el desarrollo, tanto desde los debates disciplinarios involucrados como desde su posibilidad de actuar como una herramienta para el cambio social. De este modo, retoman el desafío de

Chris Kamlongera de Malawi cuando dijo que “el habitante de una aldea no puede comer comunicación”, y proponen la pregunta: ¿Cómo pueden el habitante de una aldea y el de una ciudad usar la comunicación para intervenir en los procesos de cambio social y político?

A partir de este desafío, el libro reúne los ensayos de 36 autores de Europa, Asia, África y América Latina organizados en tres partes: a) Los debates sobre globalización, medios y cultura, desde el punto de vista teórico, epistemológico y metodológico; b) Un mapa del campo de la comunicación para el desarrollo, a partir de cuestiones como la esfera de lo público, la gubernamentalidad, el nuevo orden mundial de la información y la comunicación, las nuevas tecnologías o la visibilidad del género como problemas de desarrollo, y c) Un apartado sobre el estudio de casos que incluye Bolivia, Namibia, Bosnia, Afganistán, Nicaragua, Bangladesh, Tanzania, y diversos programas para el desarrollo en África.

Al situar las perspectivas teóricas y metodológicas, Hemer y Tufte plantean que los paradigmas de la comunicación para el desarrollo se han vuelto, en gran medida, corolarios de los paradigmas de las teorías y políticas para el desarrollo. Esta posición produjo un desplazamiento de las nociones de difusión de “arriba-abajo” hacia las nociones de la participación para el “emponderamiento” que hoy requieren, a su vez, una revisión de las teorías y las prácticas de la comunicación para el desarrollo, a la luz de una perspectiva crítica de la globalización. En este punto, los compiladores citan a Manuel Castells y al lugar que se adjudica a los movimientos sociales, a las nuevas tecnologías y a la reestructuración del capitalismo desde los 60. En los 90, años que fueron proclamados por las Nacio-

nes Unidas como la Década de la cultura ésta se convirtió en la palabra clave del discurso sobre el desarrollo. Según Hemer y Tufte, este giro culturalista en el discurso del desarrollo coincide con una tendencia general de las ciencias sociales. De hecho, se produce en el momento en que la noción de "cultura", como consecuencia de la globalización, tiende a convertirse en sinónimo de "identidad" nacional, étnica o religiosa.

En 1995, la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo presentó su informe "Nuestra Diversidad Creativa", introduciendo la noción de libertad cultural como el "derecho de un grupo de seguir el modo de vida de su elección". El "derecho a la cultura" tiende, entonces, a crear un antagonismo entre los derechos (humanos individuales) y la cultura, entendida como identidad en tanto lazo grupal. Es necesario relevar, proponen los compiladores, el modo en que la libertad cultural, como opuesta a la libertad individual, parece reflejar la oposición clásica entre relativismo y universalismo. Para esta revisión, citan a Thomas Hylland Eriksen que, en su crítica a "Nuestra diversidad creativa", sostiene que lo que está en juego en el trabajo de desarrollo no es la pureza o la autenticidad cultural sino la habilidad de las personas de alcanzar y ganar el control de sus propias vidas.

En esta dirección, el debate acerca de la comunicación para el cambio social está articulado, actualmente, por un espectro de iniciativas internacionales dentro del marco de los negocios para el desarrollo. En primer lugar, Hemer y Tufte sitúan los encuentros auspiciados por la Fundación Rockefeller, desde 1997, para articular un diálogo global acerca de los desafíos claves del campo y convocar agendas de cambio social. Esto ha producido un debate sustancial sobre la cuestión de cómo

definir el cambio social. Desde 2004 el Consorcio de la Comunicación para el Cambio Social ha seguido esta serie de encuentros y seminarios. Las reuniones recientes han debatido las competencias claves necesarias para lo que podría convertirse en un Programa de Maestría para el cambio social ([www.communicationforsocialchange.org](http://www.communicationforsocialchange.org)).

En segundo lugar, señalan las convocatorias de las Naciones Unidas sobre la lucha contra el HIV basadas en las consultas globales de 1998-2000 con académicos y profesionales. En tercer lugar, las Rondas Internacionales de Comunicación para el Desarrollo que se producen regularmente desde 1988 y que, en noviembre de 2001 en Managua, Nicaragua, propusieron tres líneas de debate: las actitudes y comportamientos de comunicación para el cambio, la "advocacy" para la comunicación y la comunicación para el cambio social.

Sin embargo, aclaran, septiembre de 2001 requiere revisar tanto estas intervenciones de las organizaciones internacionales como las prácticas de investigación y profesionalización de expertos en globalización. Citan entonces a Arjun Appadurai cuando, en *Grassroots globalization and the Research Imagination*, plantea que mientras la globalización produce una ansiedad comprensible entre los especialistas, las formas sociales que han emergido para interrogar, desafiar y revertir la pobreza y la opresión, crecientes en algunas zonas del planeta, ponen en cuestión las doctrinas y prácticas de investigadores y profesores universitarios en su relación con el estado nacional y con el capital corporativo global.

En el primer apartado, Thomas Hylland Eriksen incluye una pregunta en su título una pregunta: "¿Cómo puede lo global ser local? El Islam, occidente y la globalización de las políticas de identidad". Según Eriksen, la globalización

crea las condiciones de procesos de localización a través de sistemas de fe (revitalización religiosa), culturas (movimientos lingüísticos o culturales), entidades de vínculos (nacionalismos o separatismos) o grupos de interés (etnicidad). Para esto, cita a Roland Robertson, quien acuñó en 1992 el concepto de "glocalización", y sintetiza ocho rasgos de los movimientos identitarios "glocales". Primero: las políticas identitarias requieren la competencia sobre recursos escasos, ya sean económicos o de reconocimiento político o simbólico. Segundo: la modernización y la globalización actualizan diferencias y disparan conflictos; cuando grupos diferenciados son integrados en sistemas económicos o políticos compartidos, las desigualdades se vuelven más visibles ya que es posible una comparación directa entre los grupos. Tercero: las semejanzas priman sobre la igualdad; tanto el nacionalismo étnico como la religión politizada representan el interior del grupo como homogéneo, como personas "de la misma clase". Cuarto: se invocan imágenes de sufrimientos e injusticias del pasado. Quinto: el simbolismo y la retórica política invocan experiencias personales; quizá, el rasgo ideológico más importante de las políticas identitarias. Sexto: los recién llegados son contrastados con invasores. Y, finalmente, la complejidad social real en sociedad es reducida a un conjunto de contrastes simples (lugar, religión, parentesco, lengua materna).

Según Eriksen, las políticas identitarias son hijas de la globalización. Por eso el activismo en derechos humanos requiere, en la crisis actual, al menos un mínimo conocimiento sobre contextos locales y, particularmente, sobre conflictos locales. Esto implica que una política global es necesaria donde tanto el poder mayor (el Estado, la geopolítica) como el poder pequeño (la familia, la comunidad) se dis-



tribuyen de un modo más equitativo. Esta lucha es tanto acerca de los medios de producción como de los medios de comunicación. En la relación entre derechos humanos y medios de comunicación, lo que se necesitan son reformas sociales que permitan a las personas tomar control sobre sus propias existencias (programas de alfabetización, reformas agrarias, oportunidades de empleo).

Al respecto, Kevin Robbins y Asu Aksoy proponen discutir en el capítulo "Nuevas complejidades de las culturas de medios transnacionales", las categorías apropiadas para entender qué está pasando, incluso inadvertidamente, con las experiencias que involucran culturas transnacionales. Así, mientras los medios de comunicación siempre han sido instituciones a través de las cuales, tanto oyentes como televidentes, han llegado a imaginarse a sí mismos como parte de una comunidad nacional, la transnacionalización no ha sido suficientemente discutida desde el campo de las políticas públicas. Habitualmente, indican, suelen analizarse estos procesos en el presente como parte de un campo de "comunicaciones transnacionales" en el interior, a su vez, del marco de referencia de los "estudios culturales de la diáspora", que sostendrían que a través de las nuevas tecnologías es posible trascender las distancias producidas entre las comunidades de la diáspora y sus comunidades de origen.

Robbins y Aksoy deciden apartarse de esta perspectiva porque, si bien los medios transnacionales ofrecen modos de pertenencia a comunidades percibidas como la "patria de origen", se trata sólo de una verdad parcial ya que no existen categorías teóricas que permitan analizar cómo los nuevos modos de redes transnacionales pueden estar cambiando la experiencia misma de los migrantes, no sólo

lo desde el punto de vista de una identidad diaspórica sino de nuevas conexiones que se mueven más allá de la identidad nacional o del marco de las "comunidades imaginadas". De este modo, y a partir de una investigación sobre grupos de migrantes turcos en Londres, proponen considerar nuevas prácticas que parecen abrir dimensiones alternativas o, al menos, más productivas de esa experiencia.

Mientras las preguntas por las identidades requieren perspectivas simplificadoras, lo que Robbins y Aksoy sugieren es que la "experiencia transnacional" está desarrollando la capacidad de transformaciones culturales que no sólo refieren a la identificación étnica, nacional o religiosa. Al tener que incluirse en una nueva complejidad cultural, que emerge del encuentro entre espacios culturales nacionales y transnacionales, surge la posibilidad de perspectivas que se sitúan más allá de la imaginación nacional. En este punto, el desafío consiste en revisar los procesos de diseño de políticas culturales que consideren, por un lado, el carácter transnacional del mapa cultural europeo en este momento y, por otro, revisar quiénes, qué grupos, qué sectores, tienen acceso a los circuitos de decisión respecto de esas políticas. Los autores concluyen que no se ha desarrollado una agenda que dé cuenta de las consecuencias de estos cambios en las dinámicas no sólo nacionales sino transnacionales de las industrias de los medios y las culturas.

En este sentido, las preguntas que surgen cuando esas audiencias migrantes no se vinculan sólo con la programación para minorías, o con los canales públicos, sino con modos de producción transnacional, son: ¿Cuáles son las implicancias culturales de estos cambios en las audiencias? ¿El concepto de minoría sigue siendo adecuado para dirigirnos a audiencias que han sido conceptualizadas a partir de ese

molde? ¿Cómo deberían reinventarse las políticas de diversidad cultural en la época de los medios transnacionales? ¿Cuál es la significación de los medios transnacionales para sostener el ideal de los servicios públicos a nivel nacional pero también a nivel transnacional? ¿Cómo deberían responder los medios públicos a la penetración creciente de medios transnacionales en las audiencias de los medios dominantes? ¿Cuáles son ahora las escalas apropiadas de intervención en las agencias de políticas públicas, dado el proceso de transnacionalización?

En el Capítulo 9, Thomas Tufte retoma este problema desde el concepto de "Entretenimiento educacional en la Comunicación para el desarrollo. Entre los comportamientos del marketing y el emponderamiento de las personas". Se refiere al concepto de "entretenimiento educacional", en tanto uso del entretenimiento como práctica comunicativa diseñada para comunicar estratégicamente acerca de problemas de desarrollo de un modo y con un propósito que puede abarcar desde el sentido más estrecho definido por el marketing social de los comportamientos de los individuos hasta el sentido más liberador orientado hacia la ciudadanía y la articulación de agendas de cambio social. Los géneros culturales que Tufte historiza son los casos de *soap opera* en la BBC británica o las telenovelas latinoamericanas que, orientadas inicialmente al cambio de conductas y comportamientos, han sido producidas en los últimos veinte años como parte de una discusión sobre formas de participación democrática.

Así, según Tufte, las telenovelas fueron concebidas tradicionalmente como entretenimiento, herramienta de diseminación de información y, en consecuencia, de concientización sobre cambios de comportamientos. Mientras

el marketing social, en tanto primera generación del concepto de entretenimiento-educación, trabajaba con el marketing de comportamientos sociales -muy a menudo vinculados a la salud de los individuos televidentes-, el entretenimiento educacional ha diversificado su enfoque hacia la comunicación de desigualdades estructurales, representando y trabajando las relaciones de poder y los conflictos sociales en la vida cotidiana de los personajes, estimulando el debate y la acción colectiva. El rasgo de distinción clave reside en las diversas definiciones del problema que enfrentan. Las estrategias del marketing social definen como desafío central la falta de información, mientras que el entretenimiento educacional, de segunda y tercera generación, define el problema desde la desigualdad estructural como fuente de relaciones de poder inequitativas.

De este modo, al situar la comunicación para el desarrollo en el marco de las críticas al modelo difusionista de la modernización, permite la reflexión sobre el vínculo entre Estado, organizaciones de la sociedad civil y conceptos de cambio social a partir de preguntas como: ¿En qué nivel de la sociedad se busca incluir las intervenciones? ¿Cómo actúan las estrategias de entretenimiento-educación con las narrativas y géneros culturales existentes? ¿Quiénes participan en el desarrollo del contenido, la estrategia y la narrativa? ¿Qué noción de cambio impulsa la estrategia? ¿Cuál es el impacto esperado?

En el marco de la crítica a los modelos de desarrollo impuestos desde los países centrales resulta fundamental el capítulo de María Celeste H. Cadiz, de la Universidad de Filipinas. Con el título "Comunicación para el emponderamiento: la práctica de la comunicación participativa en el desarrollo", su artículo plantea las tensiones entre universidad y comunidades

cuando el vocabulario del desarrollo es usado por movimientos sociales, pero también por organismos internacionales y estados nacionales muchas veces autoritarios y represivos. El conflicto en este uso político de las palabras también se registra en el concepto de comunicación participativa que Cadiz delimita siguiendo a Servaes, "es en el nivel comunitario que se discuten los problemas que afectan las condiciones de vida", el derecho a la participación implica la posibilidad de decidir acerca de la planificación y producción de contenidos pero, fundamentalmente, sobre los procedimientos de selección de problemas a ser tratados. Cadiz introduce, entonces, un concepto de participación en el nivel organizacional que deriva de la obra de Paulo Freire y que abarca desde los elementos y componentes de la Comunicación para el Emponderamiento hasta las lecciones posibles que su desarrollo ha aportado.

En el capítulo 3, Oscar Hemer retoma esta concepción de Freire a través de tres prácticas de escritura (periodística, académica y literaria) desde su propia experiencia y desde los ejemplos "transgresivos" de Caryl Phillips, Flemming Røgilds and Antjie Krog. El propósito es poner en contacto el discurso de la globalización cultural y el de la teoría poscolonial para sugerir una discusión sobre el rol específico de la ficción en la comunicación para el cambio social, primero, como medio de investigación y, luego, como vehículo de emponderamiento.

En el apartado sobre delimitaciones del campo disciplinario la compilación abarca debates de las últimas cuatro décadas sobre el rol de los medios, las instituciones y las formas de organización ciudadana, resituados por las experiencias concretas de la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información de Ginebra, en diciembre de 2003, la invasión a

Irak, el genocidio en Rwanda o los procesos de pacificación en Sudáfrica. Karin Gwinn Wilkins plantea la interacción entre la experiencia de opresión de género y las condiciones de marginación por raza, etnia o clase. América Latina es considerada por Rafael Obregón y Mario Mosquera. Por último, los estudios de caso abarcan un espectro tan amplio como estimulante de experiencias de lucha contra la desigualdad y la opresión a través de la comunicación para el desarrollo desde las radios comunitarias en Bolivia hasta el teatro en África, o la articulación de organizaciones no gubernamentales en India. La amplitud de miradas permite a los compiladores plantear los viejos debates de la teoría de la comunicación, la teoría y el desarrollo, desde una perspectiva específica para las distintas realidades geopolíticas que sus autores analizan (América Latina, Europa, Asia, África), mientras sitúa sus transformaciones y los alcances para apreciar la posibilidad de intervenir en los marcos históricos considerados. Simultáneamente, la antología constituye una propuesta estimulante, y a la vez precisa, respecto de los procesos culturales y políticos que involucra la relación entre lo económico, lo educativo, la industria cultural, la información pública en las transformaciones históricas del capitalismo, la relación entre condiciones materiales y propuestas de organización colectiva, entre otros.

En América Latina, y en nuestro país, estas polémicas constituyen una tradición crítica que alude, no sólo a la relación entre investigación y profesionalización académica sino a un conjunto articulado de modos desiguales de acceso al saber y a la capacidad de acción que las tecnologías de la información llevan inscritas en términos de relaciones culturales y circuitos de decisiones políticas. Tal co-

mo la antología sostiene, las políticas de comunicación y desarrollo global se manifiestan en formas contextuales específicas que deben ser analizadas colectivamente, y no sólo poniendo en discusión la metodología y los procedimientos institucionales. Pero, entonces, en las condiciones actuales de crisis, el problema de la relevancia social y política de la investigación en comunicación no consiste en la definición de sus objetos, o en los ajustes metodológicos necesarios para que alcancen un estatuto científico, sino en el vínculo crítico que establece con las condiciones de producción de cultura en tanto relación con distintas modalidades de activismo social y político. Y aquí reside el aporte central de este libro, al convocar a la reflexión histórica y comparativa respecto de las propias prácticas, sitúa el modo en que las instituciones actúan sobre las condiciones de movilización política y organización colectiva para proponer cambios políticos.

